Tiempo en profundidad

Francisco Javier Díez de Revenga

José Luis Martínez Valero (Águilas, 1941) acaba de publicar un nuevo poemario, *Aquel jardín*, que ha editado La Fea Burguesía en su colección de Poesía y que corona una venturosa trayectoria de poeta sensible, ensayista e investigador inteligente y artista plástico de originalidad reconocida. Una nueva entrega de una excelente lírica introspectiva que parte de aquel jardín, evocado en el título del libro y en el primer poema, del que acaso, al ser expulsados, todos partimos sin nada, porque todo lo perdimos: la claridad, los ojos que miraban a los ojos, el diálogo mudo y el silencio que sabe. Sabor amargo y ruido confuso se sucedió a la mítica expulsión, pero el mundo ha sobrevivido, a pesar de todo, en los poemas que componen este volumen tan intenso, en el que el tiempo permanece en jardines, como escribiera el gran Jorge Guillén, cuando clamaba el tiempo en profundidad. Porque lo que recupera Martínez Valero en este libro es vida y más vida y tiempo trascurrido, recuperado en imágenes permanentes y en memorias que suponen regresos al pasado, a la adolescencia e incluso a la infancia, porque muchos poemas retienen en sus palabras mundos que fueron vividos con pasión y que hoy se eternizan con melancolía y con serena nostalgia.

Justamente son las palabras las que protagonizan algunas de las evocaciones para demostrar una vez más que en ellas permanecen universos eternizados, aunque el poeta prefiera esas mismas palabras que vitalizan sus poemas: los silencios, sin sonido, sordos y mudos, que significan acaso mucho más en algunas ocasiones singulares de vida, tantas veces evocados en este hermoso libro. Recupera el lector en estos poemas de Martínez Valero al degustador de la naturaleza y del pasaje familiar, con solanas extensas y con visiones marinas vitalizadas por un viento de levante, esos lugares que no cumplen años porque permanecen con sus historias y con sus vidas afirmando entusiasmos que merecen ser rescatados y salvados entre tanto caos y tanto ruido. Son esas palabras que representan sentimientos y como esos mismos sentimientos tampoco cumplen años. Por eso no es imposible, con el poeta, regresar a tiempos más lejanos, casi remotos, a un sábado de Gloria (ahora que el sábado de Gloria ya no existe), para recuperar infancia, adolescencia, crecimiento, pasión y deseo en días retenidos con felicidad atmosférica de primavera y de día santo.

Y el tiempo todo lo domina en este libro de Martínez Valero, hasta llegar él solo a protagonizar un poema, sin duda antológico, que sitúa en el centro del volumen: «No obstante, el tiempo sigue ahí, / como un juguete roto que recuerda / otros pasos, otra luz y su sombra». Y a su alrededor comparece el azul, el verano, la lluvia, una página, el futuro y

con ellos todo un mundo construido en torno a una constante ansiedad de permanecer sobre el tiempo reviviendo aquellos momentos que merecieron ser eternizados.

Por ello no resulta extraño que se detenga en momentos tan cotidianos como la contemplación en un mercado de unos viejos libros que buscan un nuevo lector o acuda, en una particular autopoética tan presente en todo el libro, a enfrentarse como el poeta romántico, inquieto, ante la página en blanco. Poesía esta para ser leída y entendida en su propio contexto, forjada en una estructura que cohesiona al libro por la pulcritud con que sus piezas han sido encajadas en ese todo que constituye un volumen coherente surgido justamente desde un jardín y que se deja llevar por el tiempo, el recuerdo y la memoria. Mientras, los espacios más íntimos y predilectos, junto al mar o en el pueblo familiar, van surgiendo en evocaciones que no ocultan una especial sensibilidad ante lo inquietante del tiempo presente. Inquietud, duda, inseguridad, vacilación que lleva al poeta a adelgazar su expresión hasta casi el aforismo al reflexionar y vivir un dilema, que todo lo dice y encierra, pero también que todo lo descubre. «Vivo un dilema: / —¿Pactaré con el lobo o con el zorro?, dijo la oveja».

Para clausurar el poemario con un definitivo poema de mar final con profeta que desde el silencio profundo anuncia el final del verano, en la playa melancólica de los últimos días de septiembre mientras una ola muy lenta arrulla el plano inclinado de la arena. Árboles, flores y nubes se oscurecen en las sombras del ocaso de la tarde. Y el poeta cierra su libro demostrando que, por encima de todo, el tiempo en profundidad se ahonda en la trasparencia de muchas tardes, para siempre juntas, y se eterniza en las páginas de este libro tan intenso como rico en permanencias.